

Operación 'C.H.A.S.C.O.'

Colgó el teléfono, anotó la dirección y comenzó a vestirse. Siempre lo había sabido: los uniformes eran lo suyo y el de policía le quedaba como un guante. Era su momento y nada ni nadie lo iba a estropear. La funda que sujetaba el cinturón dejaba entrever una semiautomática reluciente, el *walkie* estaba encendido y listo para recibir órdenes, y el chaleco antibalas le protegería en caso de que la cosa se pusiese fea.

«Todo listo. Vamos allá», pensó.

Aparcó a un par de calles del domicilio en el que habían requerido su presencia hacía ya un rato. No quería ser visto antes de tiempo. Bajó del coche despacio y se aproximó a la vivienda para hacer un reconocimiento rápido. Era una unifamiliar de tres plantas flanqueada por dos grandes sauces llorones que parecían presagiar lo que estaba a punto de ocurrir. Del interior de la casa salían voces. Sin duda, había numerosas personas dentro y, a juzgar por la algarabía, se lo estaban pasando muy, pero que muy bien.

¿Qué encontraría en cuanto cruzase la puerta principal? ¿Ingentes cantidades de alcohol? ¿Barra libre de estupefacientes? ¿Una sórdida orgía en cada habitación? ¿Tráfico de armas u órganos? Sin pensarlo dos veces, echó la puerta abajo de una patada y lanzó un par de tiros al aire, haciendo que la majestuosa lámpara de araña cayera contra el suelo formando un gran estruendo.

Un payaso, una pirata, varios vaqueros y otros personajes sin identificar lo miraron atónitos. Se había metido demasiado en el papel. Nunca más lo invitarían a una fiesta de disfraces.